

EL ABLANDAMIENTO ACADÉMICO (2). EL CASO DE LA PARTICIPACIÓN FINANCIADA EN EVENTOS

(José Padrón Guillén, Caracas, enero 2010. Revisión: 2018)

En otro papel de hace años ("[Ablandamiento académico y endurecimiento burocrático](#)") me referí a cómo en nuestros doctorados en Ciencias Sociales se estaba progresivamente decayendo en las exigencias de calidad académica y, a cambio, se estaban incrementando las trabas de tipo burocrático.

A cuatro años de esa crítica, esa tendencia se ha ido reforzando y profundizando en nuestros doctorados. Ahora más que antes estoy en capacidad de afirmar que, desde el punto de vista académico, es mucho más difícil graduarse en la Misión Robinson que obtener un título de Doctor en cualquiera de las áreas de las Ciencias Sociales, siempre que se cumplan los difíciles trámites para lograr complacer a una secretaria, al encargado de una oficina de control de estudios, a los encargados de firmar los papeles de ingreso y, en fin, a los dueños de las alcabalas de la burocracia: que si el curriculum del tutor no está actualizado, que si en el documento de notas certificadas hay una firma cuyo rubro final no es legible, que si falta el papel tal o el sello cual, etc. Y no digamos nada de las alcabalas para la Tesis Doctoral, donde además hay que enfrentarse a los pontífices de la "metodología", a los inefables miembros del jurado y a la "normativa institucional" (como ejemplo de esta normativa, en caso de que alguien no me crea, véase el documento "Normas para la Elaboración de los Trabajos de Grado para Especialización, Maestría y Tesis Doctoral", de la Universidad Fermín Toro, especialmente el "Capítulo V", entre las páginas 41 y 69: se darán banquete).

Esa situación se ve, como planteé esa vez, en los doctorados en Ciencias Sociales y ofrece dos caras: la cara del ablandamiento académico y la cara del endurecimiento burocrático. Pero esta vez me gustaría trascender el caso de los doctorados en Sociales para ir hacia el más vasto campo de la producción intelectual en las áreas universitarias de Ciencias Sociales y, por otra parte, me voy a referir únicamente al ablandamiento académico, ya no al endurecimiento burocrático.

En general, muy en general, las áreas de Ciencias Sociales en nuestras universidades se parecen cada vez más al episodio bíblico de la construcción de la Torre de Babel: han pretendido ascender tanto hacia las nubes que ya no se entienden entre ellos, ya no saben a qué se refieren cuando usan el lenguaje. Y, sin embargo, continúan hablando y hablando, de cualquier cosa, de lo que sea, sin entenderse entre sí y mucho menos con quienes los rodean o los observan, con tal de que las palabras sean impactantes, altisonantes, fulgurantes, vibrantes: meta-complejidad, hipertransdisciplinariedad, invivir, ser-allí, estar-aquí, meta-otredad, saberes cuánticos, ultra-cognición, cuenca de atracción, estado caótico, ontología del lenguaje, contacto corporal, filosofía de los cuerpos ... y un largo etcétera. Es tan largo ese etcétera que tendríamos que conversar con cada uno de nuestros académicos blandos para obtener todo un diccionario de cada uno de ellos, de modo que, sumados todos los diccionarios de todos ellos, obtendríamos algo mucho más gigantesco que la

gran Web. Claro, para ordenar ese gran diccionario tendríamos que jerarquizar los lenguajes de los "cantinfléricos" según los niveles 1, 2 y 3, algo así como en el PPI (ver "[Notas acerca del Cantinflerismo académico](#)"), porque no es lo mismo un charlatán de gran prestigio internacional (como E. Morin) que un aprendiz de charlatán o que un simple repetidor. Como resultado final, nadie entiende a nadie, pero todos admiran las grandes palabras. ¿La regla general? No organice su pensamiento, no discipline su mente, no malgaste su vida en eso, sólo hable libremente, piense lo que le dé la gana, diga cualquier cosa que quiera decir, pero eso sí, con un discurso fulgurante y, además, no olvide decir siempre algo en contra del positivismo y del pensamiento estructurado (llámelo "pensamiento lineal", que es mucho más a la moda). No importa si Ud. al final confía su vida en los positivistas, ya que los médicos son todos positivistas (excepto los de la "medicina cuántica", que tienen cubierta una pequeña parte de los cementerios) y Ud. confía su vida en uno de estos médicos. Si su colesterol o sus triglicéridos pasan de 700 puntos, Ud. tiene que tomar urgentes precauciones, sin importar sus meta-reflexiones ni sus otredades, así que en materias realmente vitales Ud. confía en el positivismo. Lo mismo ocurre con quien le arrienda o le vende su vivienda: allí no importa la hiper-complejidad ni la transdisciplinariedad, sino la cifra exacta que Ud. debe pagar. Lo mismo pasa cuando el gobierno paga las deudas a los profesores universitarios: Ud. nunca pregunta por los "estados caóticos" ni por la "ontología del lenguaje" de lo que le van a pagar, no. Ud. se interesa en la cifra exacta que le depositarán en su banco. En fin, los académicos ablandados se lucen en público al predicar las maldades del positivismo, pero al fin y al cabo viven en una vida positivista y..., admítanlo: se sienten muy a gusto en esta vida positivista que hasta le permite hablar desde el aire y al mismo tiempo disfrutar del aire acondicionado, por ejemplo, o de cuando el gobierno paga esas cuatro lochas de vez en cuando. Ah, y no estamos hablando de lo bonitas que son las Cherokees o las 4x4 y las four-runners o las catiras 90x60x90 o los atletas lampiños. Hay una pregunta elemental: si todo es como dice el "new age" o las películas "what the bleep do we know" o el insigne Edgar Morin (ahora ideólogo de esta revolución en picada, o "palabrólogo", más exactamente), entonces ¿por qué preocuparse de que los deudores no pagan o de que el gobierno no sube los sueldos o de que los triglicéridos subieron a más de 600 puntos o de que la presión diastólica... o de que la glicemia..., o de que el banco o la tarjeta de crédito..., o de que el seguro del carro...? La idea es que nadie se puede dar el lujo de hablar desde la Torre de Babel cuando se hace producción académica y luego hablar como "positivista" cuando se trata de intereses y conveniencias en el plano cotidiano. Y mucho menos ético resulta disfrazar lo segundo con lo primero o agredir con rabia lo segundo a favor de lo primero. Eso suena a hipocresía, por decir lo menos. No hace mucho una profesora de la UNESR decía que ella tenía que "desaprender" de toda esa formación positivista maligna. Y uno se pregunta si es posible "desaprender" cuando no se ha aprendido nada: nadie puede criticar lo que no conoce y dudo que esta profesora haya leído alguna vez a Carnap, a Schlick, a Hanson, a Neurath o cualquiera de los autores positivistas del siglo XX. Sería interesante saber cómo se comporta ella cuando revisa los resultados de sus exámenes médicos de perfil 20, por ejemplo.

Y, sobre este ablandamiento académico del área de Ciencias Sociales en nuestras universidades, un caso ilustrativo es el del financiamiento institucional a los "investigadores" y, más en particular, el caso de la asistencia financiada a eventos nacionales e internacionales. Lo digo porque en estos últimos años se ha progresado mucho en ese ablandamiento para el caso de la asistencia a eventos y, en general, para exprimirle todo el jugo posible a los centros universitarios de financiamiento, llámense COMDES o CDCHT o lo que sea, los cuales se parecen más a las entidades bancarias del gobierno chavista o a la filantropía de John D. Rockefeller o a los grandes mecenas que a un auténtico centro de gerencia y administración de inversiones.

De hecho, lo que llama más la atención a primera vista es la percepción que tienen nuestros académicos en general de esos centros universitarios de financiamiento o, dicho al revés, la imagen que esos mismos centros se han creado entre la comunidad académica: nuestros profesores suelen ver a esos centros única y exclusivamente como un depósito de dinero al cual tienen derecho sin ninguna obligación a cambio, excepto el asunto de las planillas, el papeleo y los trámites, es decir, excepto la superación del endurecimiento burocrático. Suelen ver a los empleados y directivos de esos centros como verdaderos sirvientes que están obligados a complacerlos o como simples factores burocráticos que hay que sortear con una cierta habilidad. Claro, pasando al plano del endurecimiento burocrático, a la otra cara de la moneda, es imposible negar que en el funcionamiento de esos centros a menudo predomine esa visión de "fiscal de tránsito" o de "alcabala".

Ese endurecimiento burocrático ha hecho que nuestros centros universitarios de financiamiento a la producción académica a menudo hayan aprovechado la muy atractiva oportunidad de administrar los recursos en función de incrementar parcelas de poder. Esto es innegable y allí hay mucha tela que cortar. Pero, como me propuse referirme sólo al ablandamiento académico, entonces voy a resaltar esa primera cara de la moneda: ver cómo muchos de nuestros académicos usan a esos centros como depósitos de dinero, sin atender a la obligación que tienen éstos de CONTROLAR el flujo de recursos en función del retorno de la inversión.

Si fuéramos objetivos y si tuviéramos una mínima visión gerencial, tendríamos que concebir a esos centros financieros como entes que asignan recursos en atención a las posibilidades de un retorno de la inversión, a cambio de alguna ganancia. Si Ud. tuviera una respetable cantidad de dinero y Ud. decidiera invertirlo en investigaciones universitarias, con seguridad que Ud. analizaría previamente si vale la pena o no ceder una parte de ese dinero a las distintas solicitudes que le hacen. Ud. financiaría sólo aquellas solicitudes que le garantizan un retorno de la inversión. Pero, no, muchos profesores no piensan en los intereses del financiador (que deberían ser los mismos de la universidad) ni en la capacidad de retorno de los trabajos para los cuales piden financiamiento (que deberían basarse en unas políticas de producción académica).

Los centros de financiamiento de la actividad académica deberían recuperar su rol de definir políticas de producción en representación de la universidad, de definir sus intereses, condiciones y lineamientos de financiamiento, de modo que nuestros profesores vayan poco a poco asimilando la idea de que sólo pueden pedir financiamiento en función de los intereses del financiador, que representa a la universidad. El principio elemental es que yo sólo te doy un dinero si a mí me interesa y

me conviene el producto de lo que tú vas a hacer con ese dinero. Pero no te voy a dar dinero sólo porque tienes un buen prestigio ni sólo porque tienes el derecho global, en abstracto, a solicitar dinero (claro que existe ese derecho, pero sólo bajo condiciones de productividad). Lo importante aquí es que la universidad financia sólo aquellos planes de producción académica que resulten consistentes con sus propias políticas institucionales de producción académica. Pero para ello es indispensable que las universidades, a través de sus centros de financiamiento, definan políticas y lineamientos claros, de modo que las inversiones resulten calculables, racionales. Nuestros profesores universitarios no tienen ningún derecho a exigir que les financien sus trabajos sin pensar en la medida en que dichos trabajos constituyan una cierta ganancia para esas políticas y lineamientos. El peor papel que pueden hacer nuestros organismos de financiamiento es el de limitarse a repartir el dinero en *orden de llegada* o en orden de subyugación burocrática.

Pasando ahora a algunos casos concretos, algunos sostienen que la universidad les debe financiar su viaje nacional o internacional porque la institución convocante les ha admitido el resumen de su ponencia, cuando un resumen no dice mucho acerca de la calidad de un trabajo. Y aun cuando les admitan su ponencia completa, aun así, olvidan que toda institución convocante tiene una manga sumamente ancha en la admisión de ponencias y participaciones. Olvidan que cuando una institución convoca a un evento, en especial si es una institución charlatana y dominguera, lo que suele privar es el criterio del ingreso monetario. En gran parte de casos, las instituciones convocantes suelen interesarse mucho más (por no decir exclusivamente) en la cantidad de asistentes y en el ingreso monetario asociado que en la calidad de los trabajos. Por encima de cualquier cosa, les aterra la falta de acogida o la falta de capacidad convocatoria. Sólo si reciben una cantidad de solicitudes mayor de la que aspiraban o mayor de su capacidad de cupo (que es su máxima aspiración), sólo entonces se dedican orgullosamente a seleccionar los trabajos bajo un criterio de calidad. Pero eso es lo último y, en el caso de las Ciencias Sociales, es un hecho prácticamente insólito. No deja de ser algo triste ver a nuestros académicos más jóvenes celebrar que su ponencia fue aceptada en el evento convocado por una determinada institución: no saben que, en general, las instituciones convocantes admiten prácticamente cualquier cosa, porque cada asistente representa un ingreso. Me consta de algunas ponencias de dos o tres páginas que no dicen nada y que sin embargo han sido aceptadas por los organizadores de eventos aun en el exterior. Esto conduce a la necesidad de que los centros de financiamiento dispongan de sus propios mecanismos de control de calidad, considerando que la universidad debe ser consistente con sus políticas de producción académica y que, además, está en juego su propio prestigio como universidad y aun el prestigio de Venezuela cuando se trata de eventos internacionales. No basta con que las producciones sean acogidas por las organizaciones convocantes, sino que además deben pasar una evaluación institucional interna.

Ha habido casos en que los centros de financiamiento han patrocinado viajes académicos de varios días al exterior cuando la participación del profesor consiste apenas en una presentación de power point que se exhibe en una sala múltiple y que a veces me recuerda a aquellas composiciones sobre la vaca, que nos pedían en los primeros años de la primaria: *la vaca nos da leche, de su cuero se sacan calza-*

dos..., de sus cuernos se sacan peines y botones, etc. (no habían llegado las petroquímicas, para ese entonces). En otros casos se financian participaciones que resultan ser la n-ésima versión de un mismo trabajo al que se le cambia una y otra vez el título y algún otro maquillaje: si una vez era "La cuántica de los saberes pedagógicos", en una segunda oportunidad será "Los saberes pedagógicos desde una mirada cuántica" o "Los saberes educativos como objetos cuánticos"..., y así sucesivamente. Bueno, al menos se puede celebrar la gran creatividad para vivir y viajar durante años con un mismo trabajo al cual se le saca todo el jugo posible mediante diferentes maquillajes y refritos. Pero no creo que esa deba ser una política de productividad académica ni de apoyo financiero a la investigación.

Personalmente estoy de acuerdo con el "turismo académico", o sea, con la posibilidad de combinar compromisos académicos con paseos y visitas, ya que todo ello constituye un mismo aprendizaje. Pero creo que hay que evitar el tipo de exageraciones en que uno solicita financiamiento para asistir durante 7 días a un evento en el cual la propia participación dura apenas una hora y el mismo evento dura sólo tres días, por decir algo. También estoy de acuerdo, personalmente, en que uno busque reducir los gastos del propio bolsillo cuando se trata de viajar a un encuentro académico. Pero me parece exagerado que uno solicite que le paguen hasta el papel y la tinta para imprimir las copias del trabajo y hasta el champú y el dentífrico. También me parece exagerado que uno cobre completos los viáticos por concepto de alojamiento y luego se aloje donde algunos amigos o familiares. Creo que los centros de financiamiento harían bien en poner en práctica ciertos mecanismos para compartir los gastos, no digo a medias, pero sí, digamos, un 80% institucional contra un 20% individual o un 90% contra un 10%, por ejemplo. De ese modo los recursos globales para financiar viajes académicos tendrían un mayor rendimiento por relación a la cantidad de beneficiados y/o a los lapsos para nuevas solicitudes. Hay que considerar que los beneficiados tienen sus ganancias en términos de crecimiento académico y social y hasta de esparcimiento personal, de donde se deduce que deberían aportar alguna parte, por pequeña que sea, en materia de financiamiento. Tampoco sería malo que en materia de financiamiento de viajes pudieran hacerse negociaciones o acuerdos caso a caso, en el sentido de que si, por ejemplo, en la ciudad destino yo tengo un hermano que puede alojarme por unos días, entonces la institución se ahorraría ese gasto en aras de la ampliación del rendimiento de sus programas.

Podrían citarse muchos otros casos típicos de ablandamiento académico en este tema del financiamiento a viajes académicos. Y todavía podrían citarse muchos otros casos más si ampliáramos el tema hacia el financiamiento de la producción académica en general, incluyendo el caso de los proyectos de investigación, de la celebración de jornadas y talleres, de las invitaciones a académicos del exterior, etc. Hay muchas blanduras académicas que discutir y criticar en todos esos otros rubros. Pero espero que con estos pocos casos haya quedado clara la idea esencial: nuestros centros de financiamiento a la producción académica deben urgentemente orientarse hacia algunos cambios drásticos.

El primer cambio que requieren estos centros se refiere a su propio rol: no deben seguir siendo simples potes de dinero que se van abriendo a quienes satisfagan las alcabalas burocráticas, siempre en estricto orden de llegada. De lo que se trata es

de que se entienda que ese dinero tiene dolientes, se trata de que se vean a sí mismos igual a como se vería cualquier persona que pone a disposición un capital propio para financiar producciones intelectuales: si Ud. ofrece dinero para esos fines, ¿Ud. lo iría repartiendo en orden de llegada, sin preguntar más nada, sin preguntarse si vale o no la pena la inversión? Este nuevo rol parte de unas políticas previas, de ciertas preferencias científico-tecnológicas y de ciertas orientaciones que se pre-definen en términos institucionales, macro-colectivos. De allí se sigue a una concepción gerencial que trascienda el mero financiamiento para ir más allá o más adentro, bajo las pautas de "qué gano y qué pierdo", "qué me conviene y que no me conviene", "qué promuevo y qué no promuevo", siempre en función de aquella base de políticas institucionales. Estos centros no deberían esperar ofertas en estricto orden de llegada, bajo una actitud pasiva, sino que deberían hacer sus propias ofertas desde un rol más activo y estimulante. Es como si pudieran decir "yo ofrezco un dinero, pero también deseo cosas, también tengo mis propias metas y también espero mis propias ganancias y, por tanto, favoreceré más a quienes me hagan las ofertas más atractivas en torno a mis propias expectativas". Este nuevo rol contradice, por supuesto, a aquellos académicos que se creen ubicados más allá del bien y del mal y que se creen que todo se lo merecen. Contradice toda una larga y arraigada tradición de mecenazgo en materia de financiamiento de investigaciones. Es obvio que más de uno rabiará y pateará la mesa, sobre todo aquellos que hasta ahora siempre han considerado que estos centros de apoyo son un simple cuerpo de secretarías y burócratas que ignoran todo acerca de Ciencia, acerca de procesos científico-tecnológicos, acerca de epistemología y acerca de procesos de investigación y de producción académica. A este punto, no puedo dejar de pensar en aquellas parcelas universitarias que aspiran a un organigrama en que dependan exclusiva y directamente del Consejo Directivo o del Rectorado, muy por encima de estos centros de apoyo a la producción académica, de modo tal que ellos se limitarían a '*expedir órdenes*' de financiamiento (no solicitudes ni, mucho menos, menos solicitudes humildes) para sus caprichos y veleidades de "sabios". Es inexplicable cómo, por ejemplo, estas parcelas se nieguen a consignar sus programas de producción académicas al mismo tiempo que exigen su financiamiento, a cuenta de que ellos son los que saben mientras los demás son los que obedecen y sirven. Esto es francamente aberrante, perverso. Nuestros centros de administración de recursos deberían depender estrictamente del Consejo Directivo, por encima de cualquier otra estructura, y deberían constituir la voz y el reclamo de las políticas de producción intelectual de nuestras universidades. Todo lo demás es, ni más ni menos, puro ablandamiento académico asociado a la más pura dilapidación de recursos. El segundo cambio que requieren estos centros se refiere a mecanismos de control de calidad y de evaluación. Para ello es necesario que cuenten con un personal de consulta altamente especializado en todo lo que concierne a producción académica. Me refiero a un personal que sepa mucho más que cualquier investigador y que cualquier académico, me refiero a quienes más hayan estudiado y producido al respecto. Por cierto, olvidé decir que la referencia de estas experticias, a falta de un Espíritu Santo que nos ilumine (y muy lamentablemente), está en la cantidad de producción escrita utilizada, indiciada y mencionada en la bibliografía académica de la Web. No es justo que valgan más unas cuantas láminas en Power-Point o

unos cuantos articulitos en periódicos locales por encima de montones de papel difundido por vía electrónica o física. Si uno quiere obtener autoridad intelectual, antes uno tiene que producir mucho papel, dotado de muchas ideas reconocidas o mencionadas (pero no es justo que quien jamás escribió nada reconocido ahora pretenda erigirse en autoridad que exige un financiamiento, junto a la pretensión de no consignar sus planes ni sus justificaciones). Cualquier persona que dispusiera de su propio capital para financiar producciones intelectuales lo primero que haría es dotarse del mejor equipo posible de evaluadores y expertos, con el objeto de minimizar los riesgos de pérdida y de maximizar el retorno de la inversión. Estos mecanismos de control y de evaluación deberían ser estrictos e inexorables, a tal punto de que quien solicite un financiamiento se vea en la necesidad de atender más a la calidad académica que a la superación de los obstáculos burocráticos. No es justo que yo vaya a un viaje académico por mi propia cuenta y luego regrese con mi cara muy lavada y autoritaria a exigir que me reintegren todo lo que yo gasté en mi viaje. No, sólo porque no sabes si estás dentro de las ofertas y expectativas del organismo en cuestión. Tú no puedes traerme a mi casa un mercado de Makro o de Central Madeirense y pedirme que te reintegre el dinero que gastaste en ese mercado, porque no sabes cuáles son las cosas que yo necesito ni sabes si yo quería o no hacer ese mercado. Es algo sumamente simple, muy fácil de entender. Es tan fácil de entender que uno no se explica cómo ocurren esas cosas.

Con estas ideas espero suscitar alguna discusión que termine en el mejoramiento de nuestras universidades. Sé que, como siempre, me llegarán más improperios y calificaciones que contra-argumentaciones. Pero no importa. Alguien tiene que poner sus dedos en las llagas y horadar en las heridas. Siguiendo a Popper, la crítica es la mejor vía para el progreso. Es más importante la búsqueda de errores (la crítica) que la búsqueda de verdades.